

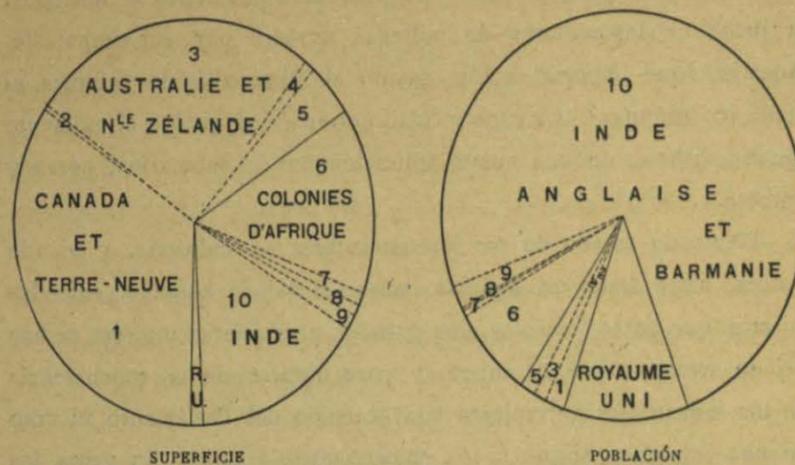
sí sola tuvo la Gran Bretaña la mitad de la producción hullera de todo el planeta; en la actualidad no tiene más que la cuarta parte, con tendencia constante á la disminución.

Y ocurre un fenómeno mucho más grave aún: si disminuye el «pan de la industria», la industria sufre las consecuencias. La industria metalúrgica de Inglaterra ha sufrido la misma evolución que la producción de la hulla. La confianza en sí mismo, procedente de una larga superioridad, ha dejado prevalecer en los procedimientos ingleses tan deplorable rutina que, para designar una mina de instrumental insuficiente y de procedimientos anticuados, dicen los Westfalianos que está «explotada á la inglesa»¹. Todavía en 1875 las fundiciones de Inglaterra suministraban al mundo la mitad de la fundición que entonces se empleaba, y los fabricantes se repetían con satisfacción que la prosperidad de un pueblo se mide por la cantidad de hierro que consume; pero he aquí que esta palabra se vuelve contra ellos, puesto que han cesado, y con mucho, de ser los primeros: en 1885 sólo producían el 37%, en 1895 el 26%, en 1903 el 19%; la producción de la fundición salida de los altos hornos ingleses, que en esos treinta años pasaba de 13 á 46 millones de toneladas, ha aumentado apenas una cuarta parte y apenas llega á 9 millones de toneladas.

Es un hecho muy sugestivo que la nación iniciadora de la gran industria manufacturera en el continente de Europa se haya estacionado en la rutina y se haya dejado adelantar por sus rivales, en genio inventivo y en sabias aplicaciones de los nuevos procedimientos industriales. No solamente ha sido distanciada por los Estados Unidos, que en cierto modo puede considerar como nación perteneciente á su tipo especial de civilización, sino que causa admiración ver que los ejemplos de audacia industrial han llegado á ser raros en la Gran Bretaña y parten principalmente de Alemania, de Francia, de Suiza y hasta de otros países menos adelantados de Europa. La industria británica por excelencia, la que le permitió durante mucho tiempo cantar su propia gloria: «*Britannia, rule the waves!*», esa industria está singularmente amenazada. No quiere esto decir

¹ Paul de Rouziers, *Revue de Paris*, 15 Septiembre 1900.

que los constructores del Clyde y de otros talleres británicos no sean aún los mayores y los más importantes; pero, si los barcos son de procedencia insular, pueden pasar á manos extranjeras. Precisamente ya se ha dado el caso: un golpe de bolsa, que trastornó repentinamente todos los mercados del mundo, compró por cuenta de América tan gran número de flotas comerciales pertenecientes á compañías inglesas, que, á pesar de las mentiras del fisco y de las



La Bretaña mayor y las colonias inglesas

Países emancipados: 1. Potencia del Canadá; — 2. Terranova; — 3. Federación (Commonwealth) de Australia; — 4. Nueva Zelanda; — 5. El Cabo, Natal, Orange y Transvaal.

Colonias de explotación: 6. Africa (Niger, Sudán, Uganda, Zambesia, etc.); — 7. América (Guyana, Jamaica, etc.); — 8. Oceanía; — 9. Asia (Ceilán, Borneo, etc.); — 10. India y Birmania.

Según la ficción diplomática, Egipto no está comprendido en el imperio Británico; su superficie equivale á casi la de los territorios agrupados en 5, y su población á la de los enumerados en 3, 4 y 5.

inscripciones oficiales, el primer rango para el tonelaje de los barcos y para los beneficios de la navegación pasó por cierto tiempo á los Estados Unidos. Además, los célebres paquebots transatlánticos del puerto de Liverpool se vieron excedidos en dimensiones y en velocidad por otras unidades flotantes construídas por los Alemanes. Inglaterra sufrió por ello gran contrariedad, pero el hecho brutal existe, y sus consecuencias representando un retroceso relativo son inevitables.

Sin embargo, la Gran Bretaña continúa siendo la primera en concepto de las «unidades de combate», y la supervivencia de las preocupaciones antiguas gobierna á las gentes con tal poder, que la

nación inglesa no quiere admitir en manera alguna que su flota militar pueda ser nunca inferior á la de otra nación, ni siquiera á las flotas reunidas de dos naciones que pudieran aliarse en el mar. Sin embargo, ha debido ceder en sus exigencias: quería que su flota igualase la de todos los demás Estados del mundo: esta ambición es ya imposible, y si otros Estados tan ricos en recursos como la Gran Bretaña, tales como el imperio Germánico y los Estados Unidos, se dejan llevar, como es probable, á veleidades análogas, la lucha de los millares de millones acabará por ser imposible. Además, ¿qué importa en este asunto el número de los buques ni el de los cañones? La superioridad pertenece al que en el momento preciso dispone de una nueva aplicación naval, submarina, aérea y flotante.

Habiendo cesado de ser los iniciadores en industria, y viendo rivales, hasta amos, en algunas ramas del trabajo humano, entre los mismos que antes iniciaron, los grandes productores ingleses se han dejado arrastrar por la cólera, y para librarse de la concurrencia de los industriales extranjeros han obtenido del Parlamento el voto de una ley que obligue á los comerciantes á poner en venta los objetos de fabricación alemana con esta inscripción bien legible: *Made in Germany*; pero esa precaución fué perjudicial para los que la adoptaron sin cuidar al mismo tiempo de mejorar su producción. La etiqueta con que se contaba desviar los compradores les atrajo, por el contrario, porque constituía una doble recomendación: la baratura y la perfección.

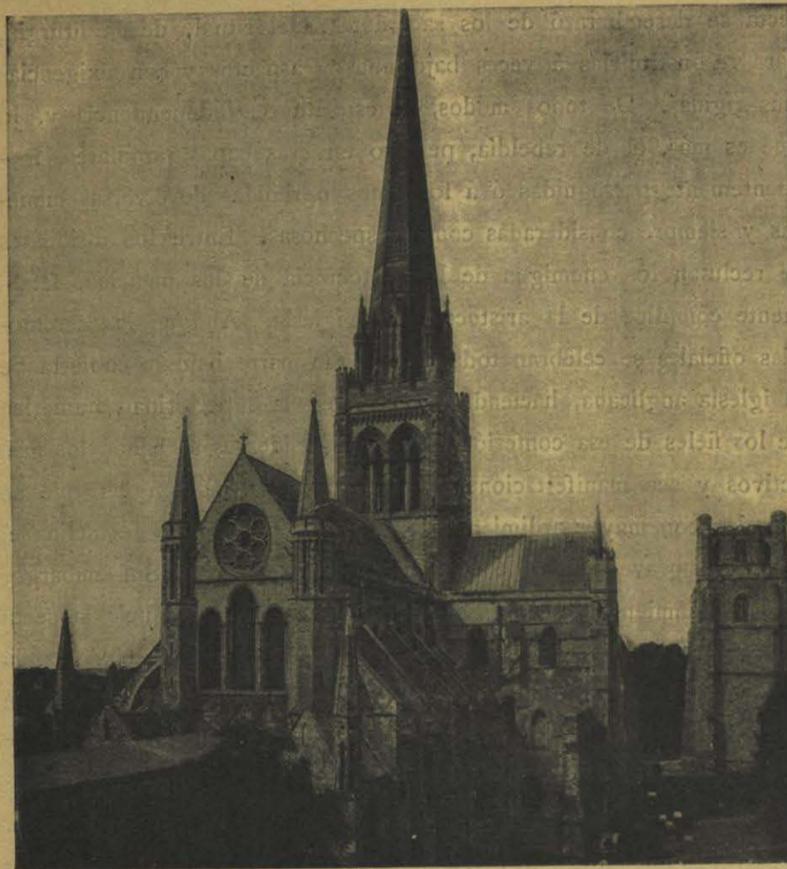
Es evidente que para luchar con éxito contra rivales bien preparados, es necesario prepararse mejor todavía, y desembarazarse de toda herramienta y artefacto antiguos, para reemplazarlo por un material nuevo, sistemáticamente arreglado según los adelantos de la ciencia; pero hasta ahora, los hombres de buen sentido que predicaban la renovación metódica de los artefactos ingleses son acogidos con una aprobación condicional: se les escucha, hasta se les aplaude, pero al mismo tiempo se busca toda clase de malas razones para permanecer en la rutina. Tómese como ejemplo el retraso de más de un siglo empleado por la enseñanza británica en la adopción del sistema métrico, tan claro, tan maravilloso y definitivo en

el manejo de las unidades de diversas dimensiones, contra el sistema tradicional de los pesos y medidas, con sus divisiones desiguales por series de cuatro, seis, ocho, doce y dieciséis, de veinte y veintiuno, de treinta y seis, de ochenta y cuatro y hasta de números fraccionarios. Parece que por esas divisiones desiguales de todo lo que se cuenta y mide se haya querido, no facilitar la tarea de los que se ocupan del inventario de las riquezas, sino al contrario, embrollar á los compradores en sus cálculos y darse como vendedores mayor ventaja en los beneficios. Hubo un tiempo, en efecto, en que el comercio tenía su hieratismo, sus fórmulas exteriores para el público y sus cifras secretas para el mercader, todo un embolismo de sorpresas en que el cándido del exterior se dejaba engañar inevitablemente. Ahora ya no hay misterios, el niño inglés ha de estudiar á pesar suyo esa logomaquia, y en ello emplea lo mejor de su tiempo, con gran detrimento de tantos otros estudios que no tiene tiempo de abordar. Además, los mil pequeños problemas de comercio y de droguería que se le han planteado, lo mismo que las mil historias é historietas ridículas que se le han referido según los santos anales del pueblo elegido, no son á propósito para abrirle una vía recta hacia el conocimiento de la verdad en la Naturaleza y en el hombre. Tal ha sido, sin embargo, la tenacidad de esa forma de enseñanza retardataria transmitida por los Ingleses á sus primos de los Estados Unidos, donde también el sistema métrico, destinado á triunfar un día, puesto que facilita el estudio y las relaciones entre los hombres, va conquistando muy lentamente las escuelas, las oficinas y las universidades.

En virtud de ese mismo espíritu mezquinamente conservador, los Ingleses permanecen sujetos á las observancias de sus iglesias respectivas, aunque los dogmas oficiales hayan sido abandonados de hecho y que se atreva ya nadie á insistir sobre los milagros, que antes constituían el gran argumento, ni predicar la eternidad de las penas, que eran antes el eje sobre que giraba la elocuencia sagrada. Las estadísticas, formadas con cuidado escrupuloso por el diario *Daily News* en 1903, han establecido la proporción de los fieles, hombres y mujeres, y esos cuadros prueban que la sociedad, tomada en su conjunto, es aún completamente cristiana por las formas exte-

riores, por la « respetabilidad » que se aplica al hecho de frecuentar un lugar consagrado á las horas de costumbre. Tal es la forma principal que reviste en Inglaterra ese fenómeno ético tan importante llamado « capilaridad social » por Arsenio Dumont. La visita dominical de la iglesia da en gran parte á la sociedad inglesa su carácter aristocrático. La iglesia anglicana, heredera de la iglesia católica en el Reino Unido, tuvo en todo tiempo un aspecto feudal y hace todo lo que puede para conservarle. Inmediatamente después de la conquista de Inglaterra por los Normandos, los prelados á quienes se distribuyeron las sillas episcopales y las ricas abadías se instalaron como señores territoriales en el país conquistado. Comenzaron por edificarse suntuosos palacios, rodeados de murallas almenadas, y casi en todas partes el conjunto de los edificios eclesiásticos, castillos y catedrales, capítulos y decanatos, ocupaban vastísima extensión con plaza de armas interior, patios, cementerios y jardines, distantes de la ciudad; burgueses y proletarios ven de lejos las torres de la catedral, por lo que en aquel tiempo habían de atravesar puertas almenadas para ir á rezar bajo las bóvedas de sus iglesias. Todavía en Canterbury, la ciudad primacial, no se entra en el atrio sagrado, adornado con grandes árboles y flores, sino después de haber pasado por corredores donde se hubiera podido arrojar aceite hirviendo y plomo, derretido sobre la cabeza de los visitantes, y en el recinto comprendido por esas torres de defensa se hallaba la residencia de todos los altos prebendados de la Iglesia. Aquellas prácticas eran completamente diferentes de las del continente, donde las catedrales, nacidas en el corazón mismo de la ciudad, en el centro de su actividad, en el cruce de las grandes vías, han sido edificadas, no por obispos mitrados ó prelados guerreros, sino en medio del pueblo mismo constructor que se reunía en cuerpos de oficio en sus propias capillas, adornadas con sus obras maestras. Casi en todas partes las casas rodeaban las inmediaciones de la iglesia y se incorporaban con ella. Después de la Reforma, que se hizo en Inglaterra bajo la cubierta de una ficción, la continuidad perfecta en la consagración de los objetos y la organización de la Iglesia, los prelados conservaron sus palacios, sus territorios, sus pingües prebendas y permanecieron como antes fuera

del pueblo. Vióse sobre todo en las partes de la comarca donde las poblaciones no fueron arrastradas en el movimiento del protestantismo, en la Escocia gaélica, en Irlanda, en el país de Gales: los grandes feudatarios eclesiásticos llegaron á ser allí puros



CATEDRAL DE CHICHESTER

Cl. J. Kuhn, edit.

Esta catedral ha solido utilizarse como cárcel; cierta parte de ella había sido construída para ese objeto, con paso secreto, puerta maciza, etc. La catedral se caracteriza por su campanario aislado.

dominadores extranjeros, que hasta repugnaban respirar el mismo aire vital que sus despreciados y odiados súbditos y derrochaban en las capitales el producto de los diezmos cobrados á la fuerza; entre los supuestos dueños espirituales y los fieles, entre los pastores y los rebaños debía existir un foso de separación completa. La masa del pueblo oprimido buscaba otros intérpretes cerca de la divinidad, sea

entre los herederos de la antigua fe católica, sea entre las sectas innovadoras; verdaderos rebeldes, hijos de los que durante el período de la Revolución no temieron tocar á la persona del rey, llegaron hasta una disidencia completa y dieron á su comunidad religiosa formas republicanas, á veces hasta igualitarias. Alguna secta se desembarazó de los sacerdotes, del ritual, de la liturgia, para reconstituirlas á veces bajo nuevos aspectos y con exigencias más rígidas. De todos modos, el espíritu de independencia y, lo que es más, el de rebeldía, penetró en esas capas populares, frecuentemente perseguidas ó á lo menos oprimidas de diversas maneras y siempre consideradas como sospechosas. Entre los disidentes se reclutan los enemigos de la aristocracia de los palacios, fatalmente cómplice de la aristocracia de iglesia. Aunque las ceremonias oficiales se celebran todavía en gran parte bajo la cubierta de la iglesia anglicana, haciendo creer así en la superioridad numérica de los fieles de esa confesión, entre sus disidentes se hallan los más activos y sus manifestaciones de la vida religiosa son las que se efectúan con mayor ardimiento; también hacia ese lado se inclina el centro de gravedad del movimiento político general. Sin embargo, todo enfriamiento de celo tiene por consecuencia conducir la secta hacia un tipo convencional parecido al de la iglesia establecida, la que dispone de una estampilla aristocrática. ¿No se ve al «Ejército de Salvación», reclutado especialmente en el elemento popular y que afecta hallarse especialmente compuesto de réprobos, libertinos y borrachos, constituirse militarmente con un cuerpo de oficiales, con sus correspondientes jefes y generales? La gran ambición de los Ingleses es llegar á *gentleman*, y debe hacerse constar que verdaderamente muchos han llegado á serlo, procedentes en mayor número de la clase de obreros y campesinos, que de la de ricos ociosos.

La fidelidad á las supervivencias, que se manifiesta en la conservación escrupulosa de las antiguas formas de culto cuando ya el fondo ha desaparecido, se encuentra en igual grado en los ritos de tradición monárquica. Trajes de la Edad Media, fórmulas incomprendibles en un supuesto francés normando, ademanes cuyo sentido simbólico se discute por los arqueólogos, forman un conjunto que se une á las ceremonias reales, y todos los comparsas oficiales

se conforman con ellas con religioso escrúpulo. Además, son tan numerosas en Inglaterra las supervivencias de toda edad y de toda clase, que el observante más meticoloso de las tradiciones se pierde



Cl. P. Sellier.

UN CONGRESO DEL «EJÉRCITO DE SALVACIÓN» PASANDO POR LAS CALLES DE LONDRES

entre ellas, y se limita á respetarlas, sin poder conformarse con todas, puesto que son contradictorias: viejas constituciones están en oposición directa con reglamentos de otros orígenes, y que, según los lugares y los individuos, se modifica su observancia. En la

mayor parte de las grandes ciudades, la confusión creada por los precedentes, que se entrecruzan siguiendo las diversas tradiciones y jurisdicciones municipales, produce un caos tal, que los habitantes ignoran con frecuencia á qué legislación local han de obedecer, porque pertenecen á diversos barrios cuyas fronteras se remontan y se entrecruzan: hay tantas divisiones particulares como intereses diferentes; autoridades religiosas, administraciones fiscales tienen cada una jurisdicción separada con «enclaves» y «exclaves»; las aguas, el alcantarillado, los puertos y la policía tienen sus resortes respectivos, y ningún jurisconsulto, sin un largo estudio y una inspiración adivinatoria, puede reconocer todas sus complicaciones. La misma Londres ha quedado hasta cierto punto reconocida como ciudad autónoma, independiente de la Gran Bretaña, puesto que todavía en nuestros días, su *Lord-maire* y sus *aldermen* toman parte, con derecho ficticio, en la proclamación del nuevo soberano. Hasta el siglo XIV, en concepto jurídico, la ciudad estaba constituida en Estado distinto, porque «la paz del rey», proclamada en su recinto, no se extendía al resto del reino¹. Con frecuencia hubo de intervenir el Parlamento para desvanecer todo un pasado de obstáculos imposibles de acomodar á los fenómenos siempre nuevos de la vida contemporánea; pero suele tocarse á los abusos con mano tan respetuosa y tan discreta, que siempre quedan huellas de la antigua institución entre los que el jurista astuto puede hallar los elementos de algún hermoso pleito de esos que pueden prolongarse veinte y hasta cien años.

Esta tendencia poderosamente conservadora, vista por su lado bueno, ha valido á los Ingleses su extendida reputación de gran «sentido práctico», á prueba de todas las fantasías modernas, de todas las utopías geniales. Los reformistas, numerosísimos en Inglaterra, luchan con prudente reserva contra tal ó cual abuso. Decididos á no caer en el idealismo, á rechazar las fórmulas abstractas, limitan ó empuñan su campo de acción y muchos de ellos se fijan en un solo problema, político, higiénico ó social: cuestión del pan barato, de la vacuna ó de las enfermedades contagiosas. Al apasionarse por un hecho, no siempre tratan de relacionarle con los

¹ Francis Palgrave; — Ernest Nys, *Recherches sur l'Histoire de l'Economie politique*, páginas 35, 36.

otros hechos del mismo orden para estudiar los orígenes comunes ó deducir análogas consecuencias. Todo Inglés inteligente es necesariamente más ó menos socialista, por filantropía ó por convicción, y procura serlo únicamente sobre un punto estrictamente determinado; innovador para una idea, puede denominarse y creerse resuelto conservador en sus principios. ¿No se ha visto varias veces los con-



UNO DE LOS GRANEROS DE INGLATERRA: GRANJA DE LA COLOMBIA BRITÁNICA

gresos de las Trades-Unions, formados con delegados de siete ú ochocientos mil trabajadores, votar en pro de la toma de posesión colectiva de los instrumentos de trabajo, aunque el epíteto de «socialista» hubiera sido seguramente rechazado por la gran mayoría de los votantes?

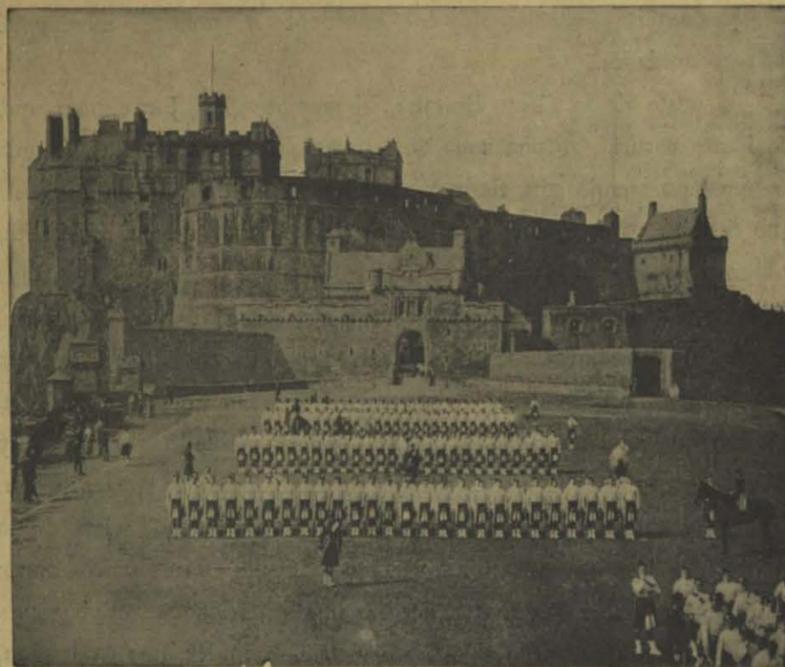
Cualquiera que sea el valor positivo de su reputación de hombres prácticos, los Ingleses, no obstante, se han mostrado, en cierto concepto, los más imprevisores de todos los pueblos. Véase: en el curso de la primera mitad del siglo XIX, deliberadamente abandonaron la mejora y hasta puede decirse el uso de su propio suelo, para

dedicarse ante todo á la industria y al comercio. Su situación, absolutamente preponderante en aquella época, no les permitió considerar el caso en que otros pueblos estarían en estado de amenazar sus líneas de comunicación marítima. Ningún pueblo como el de la Gran Bretaña ha de satisfacer necesidades nutritivas, y ninguno es menos capaz que él para satisfacerlas con el producto de su agricultura. Para no citar más que un artículo de primera necesidad, el trigo, la producción insular apenas alcanza á 18 ó 20 % del consumo. Las colonias inglesas, Canadá, India y Australasia suministran otro tanto, y el resto se compra á los Estados Unidos, la Argentina, etc. De ahí la necesidad que tiene Inglaterra de asegurar, cueste lo que cueste, la libre circulación de su flota comercial. Se necesita una larga evolución para que el suelo inglés sea utilizado como puede serlo.

Si el respeto de las tradiciones hace á los mismos reformistas cuidadosos conservadores de una parte del edificio que se ha de demoler, al menos el respeto á los precedentes ha tenido la feliz consecuencia de suministrar un asilo casi siempre seguro á los proscriptos y á los emigrados políticos del continente. Gracias á su espléndido aislamiento, la Gran Bretaña podía permitirse permanecer desdeñosamente indiferente á los acontecimientos de Europa, y acoger lo mismo á los reyes destronados que á los escapados de presidio. Después de 1848, después del golpe de Estado, después de la *Commune* y en otras muchas ocasiones, republicanos, socialistas y anarquistas rechazados de todas partes, que en los reinos de tierra firme habían viajado de cárcel en cárcel, y que la misma Suiza expulsaba hipócritamente bajo un pretexto cualquiera, todos esos réprobos hallaban asilo en Inglaterra, no porque viese en ellos mártires de una noble causa, sino porque la orgullosa nación quería ignorar los odios y rencores de los gobiernos extranjeros. Sin duda la multitud de los desterrados y refugiados había de sufrir el alto desdén de la mayor parte de quienes les permitía pisar el suelo de la isla, habiendo de temer además las maquinaciones de una policía hábil en la invención de absurdos complots, pero podían á veces contraer buenas amistades y, con su sola presencia, dar á la personalidad de Inglaterra un valor moral superior. Sobre el suelo bri-

tánico, y con el concurso de hermanos ingleses, se fundaron los diversos grupos de solidaridad política y social de donde salió el movimiento decisivo de la Internacional.

Dividida ya en dos clases hostiles como todos los otros países del mundo de civilización capitalista, el Reino Unido no ha terminado



UN BATALLÓN DE HIGHLANDERS EN LA EXPLANADA DEL CASTILLO DE EDIMBURGO

aún completamente su unidad política. Irlanda es todavía refractaria á la dominación inglesa; Escocia, relativamente próspera, que aumenta en población y en riqueza, apenas hace oposición más que en palabras y sólo tiene entusiasmo patriótico para los recuerdos; pero en el presente le es muy conveniente hallarse en la vanguardia para la iniciativa y la actividad en las diversas empresas; hasta en Londres la colonia escocesa tiene empeño en ser la primera en el trabajo como en el buen éxito. En cuanto á los Escoceses de raza gaélica pura de las «altas tierras» del Norte, han sido más que diezmados por las guerras: en primer lugar por el exterminio directo cuando los Stuart hicieron vanas tentativas para reconquis-

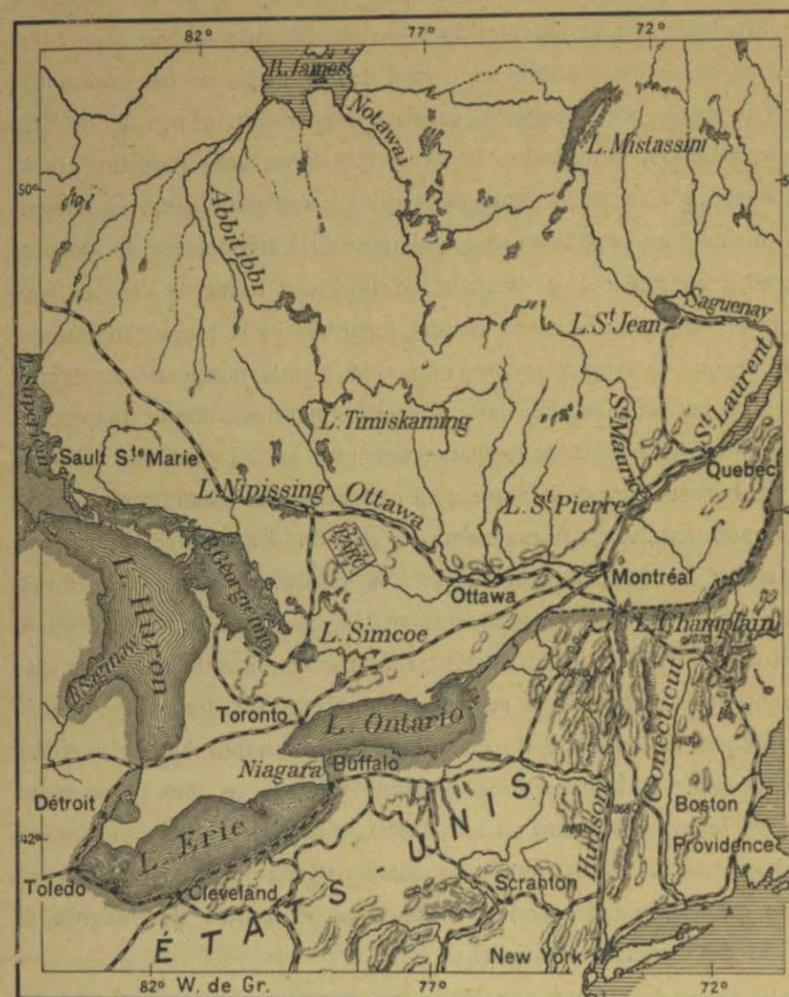
tar el trono, y, después de aquella época, por la adulatora y funestísima distinción que les concedieron los soberanos de Inglaterra, colocándolos en primera fila para hacerles morir en su servicio. Vestidos con el más bello uniforme militar, los Highlanders se ven obligados á ser los más bravos, y lo son en efecto; la estadística de las batallas demuestra que en los combates se distinguen por la mayor proporción de los muertos¹, y en la guerra sud-africana, en Maggersfontein, por ejemplo, ese excedente de muerte violenta fué todavía doblado.

Al oeste de la Gran Bretaña, el mar de San Jorge, más que un límite natural, es una zona de separación. No solamente Irlanda ha quedado siendo una tierra materialmente distinta de la gran isla que tiene á oriente, sino que es, por la voluntad de sus habitantes y por el espíritu nacional, rebelde á la unión política proclamada hace siglos. Odianse de una parte y de otra, aunque los cruzamientos de raza hayan sido realmente tan numerosos que sería ya imposible establecer los orígenes familiares, tan grande ha sido el número de colonos ingleses que se han domiciliado en Irlanda y tantos inmigrantes Irlandeses han buscado fortuna en Inglaterra. Pero sean cuales fueren las mezclas desde el punto de vista de la sangre, el clima, el suelo y todo el medio de la «verde Erin» obran sobre los insulares con tanta energía, que el Irlandés nativo, aunque sea de origen anglo-sajón y puramente inglés por la lengua, la cultura y las relaciones con el resto del mundo, no deja de ser un enemigo natural de los Ingleses y reivindica la independencia política de Irlanda, arrebatada á sus compatriotas de elección por sus propios antepasados. Por otra parte los Ingleses sienten un odio instintivo, un desdén espontáneo hacia el *Paddy*, más pobre que ellos, que halla en los más humildes barrios de sus ciudades: para reaccionar contra esa antipatía natural, el hombre inteligente necesita hacer un esfuerzo de voluntad. Se comprende fácilmente que así sea, considerando que los Ingleses, como nación, tienen sobre sí culpas hereditarias respecto de Irlanda, calificada casi irónicamente de «Isla hermana»; y el ofensor detesta siempre al ofendido. Y

¹ Patrick Geddes, *Notas manuscritas*.

sin embargo, ¡cuánto debe Inglaterra á su despreciada vasalla! ¡Cuán frecuentemente ha debido admirar el entusiasmo y la facundia de los oradores de ultra-canal, qué tesoros de elocuencia ha

N.º 524. Canadá Oriental.



1 : 10 000 000
0 100 250 500 Kil.

prodigado el genio de los Sterne, de los Swift, de los Sheridan enriqueciendo la literatura inglesa, y cuántas batallas ganadas por el espíritu batallador de los Irlandeses! He aquí el testimonio que ofrece Wellington: «Á los católicos irlandeses debemos principal-